

LIBROS

El Paraguay de Roa Bastos

Varias coordenadas se entrecruzan en *Yo el Supremo* (Siglo XXI editores, 1976) al organizar la textura como una yuxtaposición de tonos y procedimientos y al referirse, a la vez, a un contexto que se identifica con la historia fundamental del Paraguay. Términos recíprocos que le permiten a Augusto Roa Bastos organizar una rigurosa estructura literaria pero no para congelarla en una suerte de mónada que se contempla o se lee a sí misma, sino para inscribirla en una dimensión de dramática movilidad y de cambio acelerado. Es decir, que la última producción del novelista paraguayo resulta, al mismo tiempo, la aventura de un texto y el texto de una aventura.

Por eso, veamos las coordenadas que lo surcan: en primer lugar, la del tirano en la literatura vinculada a América Latina. Constante que se inaugura hacia 1850 con el *Facundo*, de Sarmiento, y que enhebra, en sus momentos culminantes, *Tirano Banderas*, de Valle-Inclán, y *El señor Presidente*, de Miguel Angel Asturias, hasta llegar a *El otoño del patriarca*, de Gabriel García Márquez. Ya sea privilegiando en el siglo XIX el aprendizaje realizado en Fenimore Cooper y en Tocqueville, o hacia 1930 mediante la reelaboración de recursos de origen expresionista entremezclados con toques quevedescos o exabruptos goyescos o, bien, en los años más recientes, exacerbando ademanes y gestos barrocos. Pero siempre, de manera obsesiva, buscando lo esencial de una figura que, en su misma reiteración, señala el enquistamiento de la problemática de una comunidad.

Porque será en la dimensión comunitaria ineludible donde

habrá que rastrear las claves de ese magno e inquietante protagonista. Ya se trate del paraguayo doctor Francia (como en el caso de Roa Bastos) o del argentino Rosas en el prototipo de Sarmiento. O en esa abrumadora pero matizada tipología que, a lo largo de cien largos años, se va encarnando en el chileno Portales, en el boliviano Belzu o en el ecuatoriano García Moreno, en el mexicano Porfirio Díaz y en el venezolano Gómez hacia el 1900, hasta incurrir en los cubanos Machado y Batista o en el más reciente y lamentable Pinochet. Desgarradora tipología que combina vertiginosamente las variables fundamentales de América Latina: liberalismo/clericalismo, centralismo/federalismo, proteccionismo/librecambismo. Y, por sobre todo, nación/imperialismo.

Rasgos repetidos en la historia de un continente, pues, y dato que obsede temáticamente a sucesivas generaciones de escritores. Enigma primordial de América Latina que, en su pervivencia, se convierte en mito al trascender el simple aconteci-

miento y que por su irresolución se plantea como dilema central de toda una literatura. Verdadero Scila-Caribdis de un complejo cultural. Que no sólo recorta una figura omnipresente al instaurar la ley de por sí y al concluir indentificándose con ella, sino que, como en el caso particular del doctor Francia de *Yo el Supremo*, termina confundiendo la propia palabra con la norma y la violencia represiva con el sistema. Espacio en el cual si el imperativo es la flexión naturalizada del lenguaje coloquial, la tortura no resulta mucho más que una leve alteración de lo cotidiano.

De ahí que si la novela de Roa Bastos focaliza su eje dramático y organiza su movimiento de página sobre la figura de Gaspar Rodríguez de Francia y su período autoritario entre 1814 y 1840, es porque recoge numerosos ecos provenientes de las querellas entre comuneros y jesuitas, de las luchas en torno al poder político en La Asunción colonial o sobre el monopolio de la yerba mate o, bien, respecto del avance hacia las fronteras de los

bandeirantes portugueses provenientes de Sao Paulo.

Eso, como resonancias que sobrellevan un ademán hacia el pasado. Porque hacia adelante, en *Yo el Supremo*, vibran series de vectores que preanuncian o aluden a las dictaduras sucesivas de Carlos Antonio López (1844-62) y de su hijo Francisco Solano López (1862-70). De manera tal que esas líneas de fuerza que culminarán en la guerra de la Triple Alianza contra Argentina, Brasil y Uruguay nos diseñan la versión global de la historia paraguaya que, en su posibilidad de síntesis, preocupa a Roa Bastos.

Aspecto que nos reenvía a sus novelas anteriores, ya sea *Hijo de hombre* (1960), *El baldío* (1966) o *Los pies sobre el agua* (1967), donde se insinuaban los aspectos principales de esa constante obsesiva de alusión, emergencia y áspera "masticación" de la historia del Paraguay, especialmente en los aspectos vinculados tanto a la oposición clave liberales/colorados como al trágico momento de la guerra del Chaco (1932-35).

